



Misa Solemne de Todos los Santos

Santa María de Elche, 1 de noviembre de 2020

Es hermoso poder congregarnos en este lugar entrañable, Santa María, donde, como expresión única e incomparable del amor a la Madre de Deu, se le ofrece la representación del Misteri en su fiesta de Agosto y en los años pares tal día como hoy, 1 de noviembre; esto último desde que el 1 de noviembre de 1950, es decir hace exactamente 70 años, el Papa Pío XII proclamaba el dogma de la Asunción de Ntra. Sra. Hoy, por tanto, aunque sin poder ofrecerle, por la pandemia, tan incomparable representación, sí que venimos junto a nuestra Madre para conmemorar tan importante fecha para la devoción mariana de Elche y para la de la Iglesia entera.

Y ello en el marco singular de la Solemnidad de Todos los Santos. La Palabra de Dios, en la primera lectura que hemos escuchado, en el libro del Apocalipsis parece que nos los presentaba para contemplarlos: "...vi una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en las manos". Hombres y mujeres que han recibido la misericordia de Dios y han perseverado en el camino del Evangelio. Hombres y mujeres que ahora viven en aquella Casa del Padre con muchas estancias adonde fue Jesús resucitado para preparar un lugar para todos.

No están lejos de nosotros, en un mundo lejano e inaccesible. Por un luminoso misterio de comunión, "la comunión de los Santos", estamos unidos a todos ellos, unidos a todos los Santos. Como nos enseña papa Francisco, con ocasión de esta fiesta, hoy celebramos "no sólo a los más conocidos, los del calendario, sino también a los <<de la puerta de al lado>>, a los miembros de nuestra familia y conocidos que ahora forman parte de esa inmensa multitud. Hoy, pues, es una fiesta familiar. Los Santos están cerca de nosotros, de hecho, son nuestros verdaderos hermanos y hermanas. Nos entienden, nos aman, saben lo que es nuestro verdadero bien, nos ayudan y nos esperan. Son felices y nos quieren felices con ellos en el paraíso" (1-11-2018). Y no sólo felices,

bienaventurados únicamente al final; y no sólo partícipes de la santidad de Dios al final del camino, únicamente al final, sino también, ya, en el camino de esta vida.

Esta fiesta nos ayuda a comprender que la Santidad no empieza después de la muerte, sino antes, desde que entramos a formar parte de la “familia de Dios”, desde que somos “separados” (pues eso significa <<santo>>) de un destino de pecado y de muerte y entramos a formar parte del pueblo Santo de Dios. El apóstol Juan, en la segunda lectura que hemos escuchado, nos recuerda algo, que a menudo olvidamos, el extraordinario don que hemos recibido gratuitamente del Señor: “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos”.

Por gracia, merced al sacramento del Bautismo, hemos sido admitidos en su pueblo, la Iglesia. Y ella como una madre inclinándose con amor y con paciencia hacia nosotros para llevarnos a las alturas, al cielo, al pueblo Santo que está ya, plenamente, ante el Señor. La Iglesia cada día nos acompaña por los caminos de la misericordia, sin cesar nos reúne para la oración en todos los extremos del mundo y nos alimenta con la Eucaristía, hace que levantemos la mirada hacia el cielo de Dios, y hace que en el banquete eucarístico preguitemos, ya hoy, lo que seremos mañana. La Santidad no es un premio por conquistas o méritos, y no es un camino individual y privado; es don, gracia, que procede del amor que es Dios, que se acrece en el amor compartido y hecho servicio, en camino hacia a plenitud, en la que ya están nuestros hermanos en el cielo, precedidos –como primicia- por María, asunta a los cielo.

María con todos los Santos, a nosotros, miembros de la Iglesia que aún peregrina en la tierra, nos animan a avanzar por el camino de la santidad, a ser felices, bienaventurados como nos indica el Evangelio de S. Mateo que acabamos de escuchar, con esas palabras de Jesús tan hermosas y conocidas y que comenta así papa Francisco: “<<Bienaventurados los pobres de espíritu...los mansos, los limpios de corazón...>>. El Evangelio dice bienaventurados los pobres, mientras que el mundo dice bienaventurados los ricos; dice bienaventurados los mansos, mientras que el mundo dice bienaventurados los prepotentes; dice bienaventurados los puros, mientras que el mundo dice bienaventurados los astutos y los vividores. Este camino de la bienaventuranza, de la santidad, parece

conducir al fracaso. Y, sin embargo, los Santos tienen <<palmas en sus manos>>, es decir, los símbolos de la victoria. Han ganado ellos, no el mundo. Y nos exhorta a elegir su parte. La de Dios que es santo. Preguntémonos de qué lado estamos: ¿del cielo o de la tierra? ¿Vivimos para el Señor o para nosotros mismos, para la felicidad eterna o para alguna satisfacción ahora? Preguntémonos: ¿realmente queremos la Santidad? ¿O nos contentamos con ser cristianos sin pena ni gloria, que creen en Dios y estiman a los demás pero sin exagerar? El Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados” (1-11-2018).

En plena pandemia me permito destacar la primera bienaventuranza: “Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos”. En cierto sentido, en este enunciado se condensa el resto de las enseñanzas que el Señor nos presenta en esta solemnidad. En efecto, sólo puede ser dichoso, no solo en la vida futura, sino también en esta, quien ha puesto toda su confianza en el Señor. Y ello pide un gran desprendimiento por nuestra parte, que nos libere del peso de la preocupación por lo que nos puede faltar, abandonándonos a su Providencia amorosa, a que todo lo recibidos del Señor, a que nada nos puede apartar de su amor. Una gracia decisiva, que en estos tiempos de tanta dificultad, estamos especialmente llamados a suplicar.

Unámonos fuertemente al Señor en esta Eucaristía, sintiendo todo lo que son estos tiempos para nuestra postrada y desconcertada Humanidad; que la Eucaristía que nos va a alimentar, Cuerpo de Cristo, pan de vida eterna, y que nos une en Él a María y a todos los Santos, nos venga a dar la luz y el consuelo que necesitamos; y nos encienda la esperanza en estas circunstancias, testigos del Señor, de su resurrección y de su amor para nuestros hermanos, tal como lo fueron en esta vida todos los Santos . Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante